

Apéndice 2. Anexo ilustrativo	133
1. Edmund Burke (ilustraciones 1, 2, 3, 4, 5 y 6) . .	133
2. El rey Jorge III (1738-1820) y su familia (ilustraciones 7 y 8).	139
3. Warren Hastings (ilustraciones 6 y 9)	145
4. Charles James Fox (ilustraciones 10 y 11)	146
5. William Pitt jr. —1756-1806—(ilustración 12) . .	150
6. Samuel Johnson —1709-1784—(ilustración 13) .	152
7. Luis XVI (ilustración 14).	154
8. Thomas Paine —1737-1809—(ilustración 15) . .	154

APÉNDICE 2

ANEXO ILUSTRATIVO

Con el fin de dar algo más de vida e inmediatez a estas páginas sobre la ideología de Burke —siempre tan ligada a los grandes eventos políticos de su época—, reproduciremos aquí unos retratos y caricaturas, no sólo referentes a Burke mismo sino también a algunos de los actores en los dramas políticos, relatados en este estudio.¹³⁷

1. Edmund Burke (ilustraciones 1, 2, 3, 4, 5 y 6)

Primero presentaré los retratos, luego las caricaturas.

Burke ha sido retratado varias veces por famosos artistas de su época (inclusive por aquel Joshua Reynolds que en México fue tan popular por “el muchacho del traje azul” que por mucho tiempo figuraba en nuestras cajitas de fósforos).

Entre estos diversos retratos escogí primero el hecho por George Romney (ilustración 1), por parecerme el que más claramente representa su carácter durante su fase de madurez. En este retrato, recortado para que nos concentremos en

¹³⁷ Tomé casi todas las caricaturas aquí publicadas de las obras del genial cartulinista satírico de aquella época, James Gillray (1756-1815; una vida relativamente breve, cuyos últimos cinco años fueron pasados en estado de locura). La caricatura 5, la encontré en la importante obra de O'Connor, *The Great Melody*, tantas veces mencionada; allí no figura el nombre del artista.

su cara, vemos a un hombre inteligente, cortés pero ligeramente desconfiado, arraigado en sus convicciones pero dispuesto a hacer concesiones, y dotado de un delicado sentido del humor. Del Burke aquí retratado, uno puede esperar, efectivamente, el fino, hiriente sarcasmo que sus enemigos temían tanto y la culta frase bien meditada; por otra parte, es difícil imaginarse que el hombre aquí retratado también era capaz de aquella tormentosa violencia verbal de la que varias veces ofreció ejemplos en su larga carrera parlamentaria.

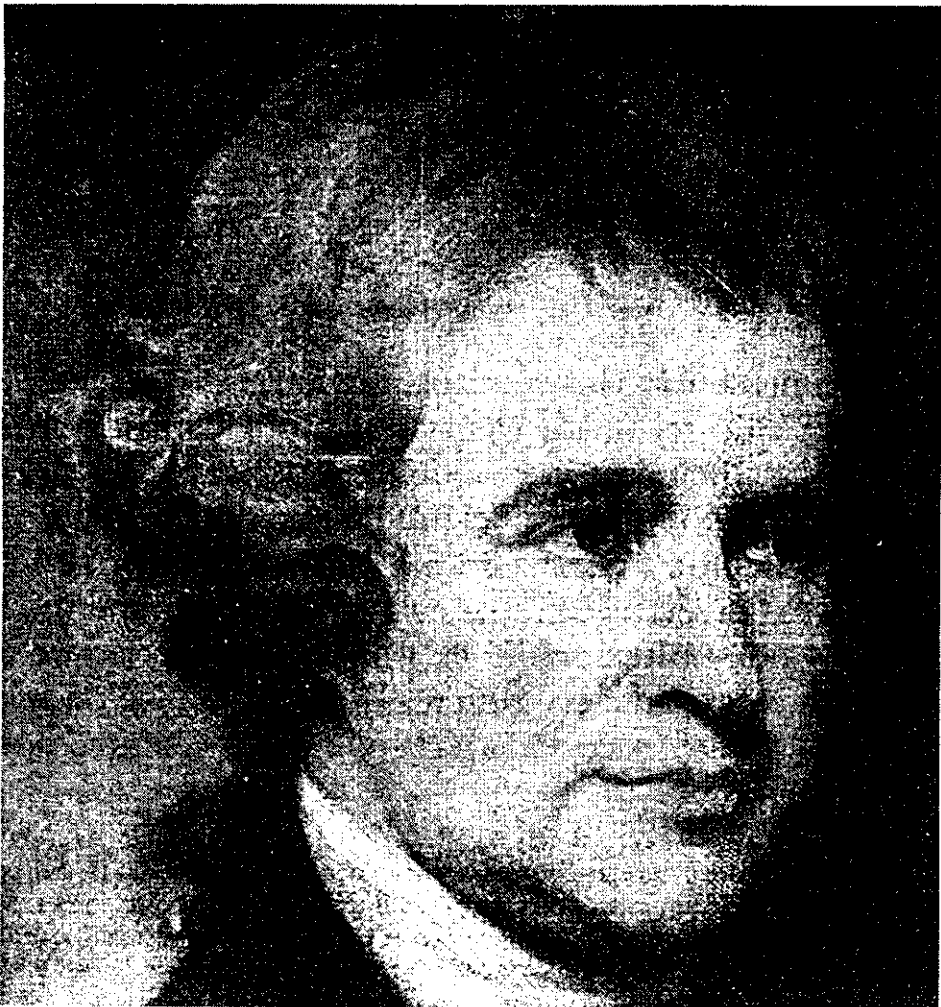


Ilustración 1. Burke (fragmento de un retrato por Romney)

En la ilustración 2 vemos a Burke, un poco más tarde en la vida, en discusión con el famoso Samuel Johnson, en la residencia del gran pintor Joshua Reynolds. Burke está escuchando tranquilamente los argumentos de Johnson, con una sonrisa satisfecha y cortés, sintiéndose obviamente seguro de su causa, mientras que los demás están siguiendo con obvio interés lo vaivenes del debate.



Ilustración 2. Burke, discutiendo con Samuel Johnson



Ilustración 3. Burke con el líder de su facción dentro de los whigs, el marqués Rockingham

En la ilustración 3 Burke figura como el joven secretario particular y *protegé* del marqués Rockingham. Whig y dos veces primer ministro: vemos a Burke como un *yuppy* en camino hacia arriba, inteligente, seguro de su carrera, ligeramente arrogante.



Ilustración 4. Burke con Fox

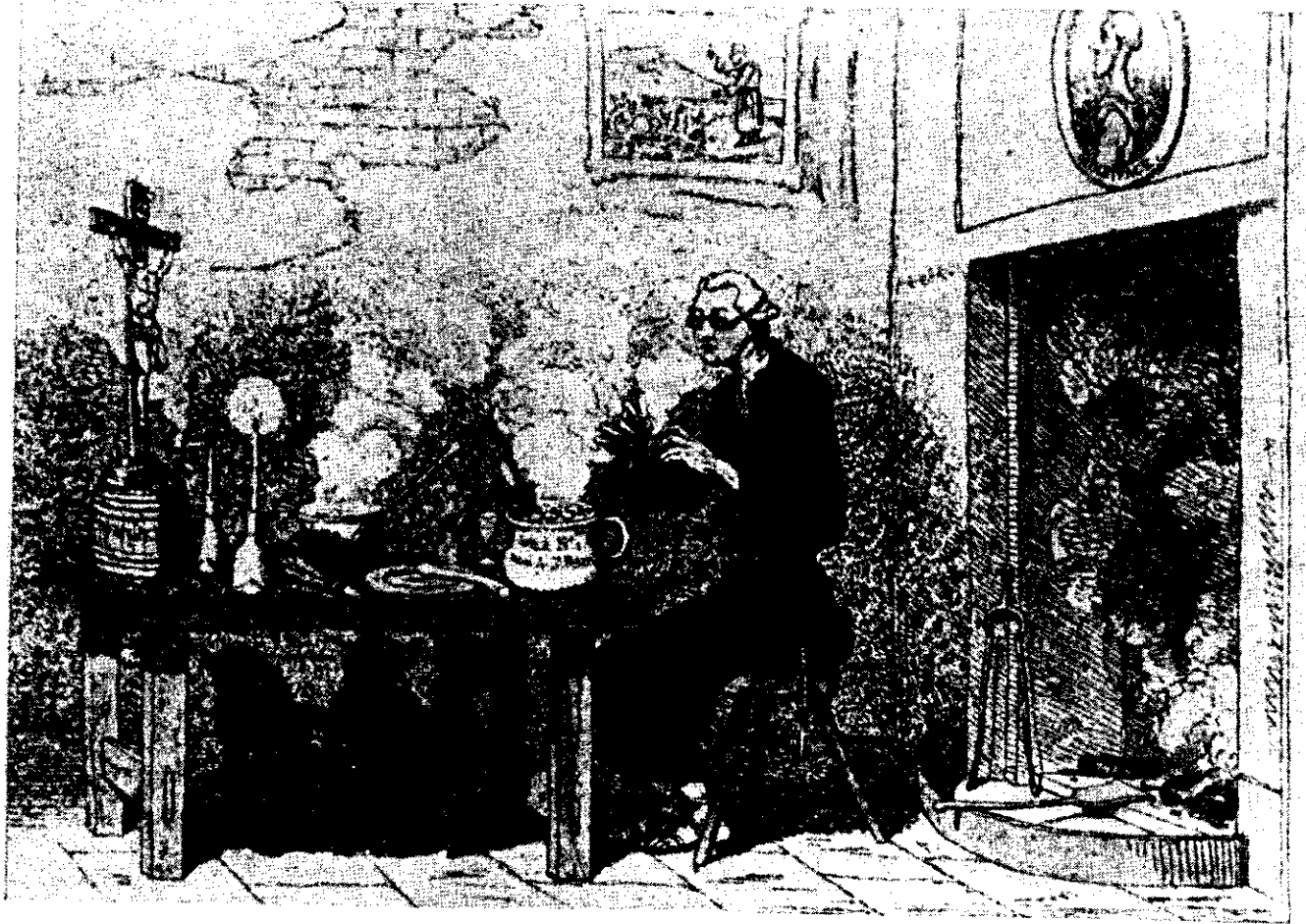


Ilustración 5. Burke como criptocatólico (jesuita)



Ilustración 6. Burke atacando a Warren Hastings: comienzo de una polémica de 11 años.
Caricatura de Gillray

En la ilustración 4 Burke se encuentra con Fox, otro líder de los whigs, con el cual durante una década formó una mancuerna muy eficaz para las causas whiguianas, hasta que su discrepancia acerca del significado de la Revolución Francesa los separó.

En cuanto a las caricaturas: en ellas Burke figura algunas veces vestido de jesuita (a causa del criptocaticismo que sus enemigos le atribuyeron y a cuya sospecha estuvo especialmente expuesto por el hecho de ser de origen irlandés; ilustración 5).

El caricaturista Gillray lo presenta siempre con anteojos (véase por ejemplo, la viñeta al comienzo del epílogo).

La ilustración 6 muestra a Burke en la lucha —que duraría varios años— con el ex Gobernador General de la India, Warren Hastings. Esta ilustración es de la primera fase de dicho conflicto, cuando Gillray, el caricaturista, estuvo todavía del lado del Hastings (luego cambió su posición).

2. El rey Jorge III (1738-1820) y su familia (ilustraciones 7 y 8).

Jorge III era un hombre básicamente simpático, pero educado en un ambiente de ciega fe en una autocracia que ya perteneció al pasado de la realidad británica, y obstinado en recuperar la antigua influencia de la Corona. Para sus ministros era irritante el hecho de que nunca pudieran contar con su solidaridad: aconsejado por una camarilla de amigos influyentes medio ocultos —un “gabinete de sombras”, *shadow cabinet*, inoficial pero eficaz— el Rey a menudo intrigaba contra los ministros que él mismo había designado. A pesar de la pérdida de las colonias americanas y de su larga obstinación en no reconocer la derrota, el Monarca era bastante popular, inclusive entre los que no estuvieron de acuerdo con su política, y en momentos de crisis su amenaza con

retirarse del trono inglés para regresar a la corte original de su familia, en Alemania (Hannover), solía surtir efecto.

Desde 1788, en este Monarca se manifestaba, con altas y bajas, una extraña enfermedad mental, que al final se hizo permanente, desde 1811 hasta su muerte en 1820. Sus últimos años el pobre hombre estuvo sordo, ciego y loco, de manera que su hijo Jorge, poco recomendable para una posición responsable, gobernaba como Regente.

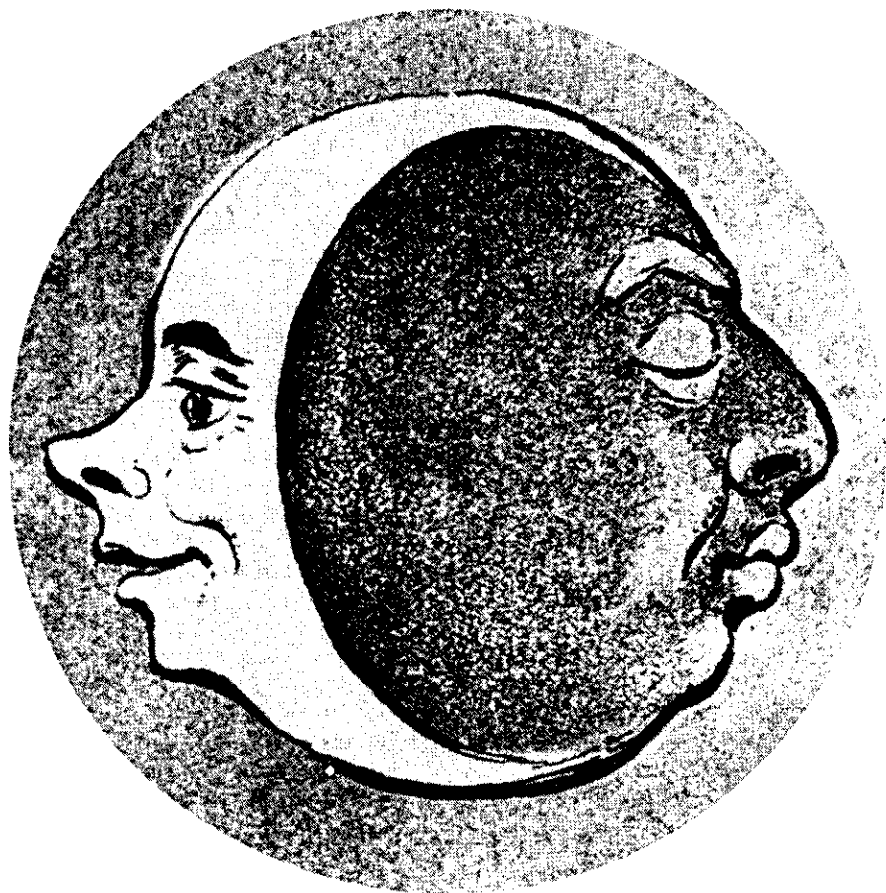


Ilustración 7. Jorge III y la reina Carlota. Caricatura de Gillray

En la ilustración 7 el Rey y la reina Carlota figuran como componentes de una misma luna. Se trata de un fragmento de una caricatura de 1791, y como desde 1788 el Rey vivía bajo el peligro de recaídas en sus sufrimientos mentales, el caricaturista Gillray sugiere que la influencia de la Reina Carlota siempre crecía en la medida en la que se opacaba la lucidez del Rey

En la ilustración 8 vemos cómo Jorge III y la Reina están tomando té en el palacio, en enero de 1792, ostentativamente sin azúcar, para dar el buen ejemplo: es que la Corte, mediante un boicot general de azúcar, quiso perjudicar a las plantaciones inglesas en el Caribe, ejerciendo presión sobre ellas con el fin de que aceptaran la abolición de la esclavitud en las Indias Occidentales de Inglaterra.

Efectivamente, una semana después de esta caricatura, la Cámara Baja decretó la abolición gradual de la esclavitud, pero luego la Cámara Alta logró posponer y finalmente abrogar esta medida.

Las cinco princesas parecen preferir té con azúcar, aunque continúe la esclavitud.

Los príncipes obviamente tenían cosas más interesantes que hacer, que tomar el famosos “té de la tarde” con sus padres: el futuro Jorge IV llevaba una vida erótica tan activa que se afirmaba que “el simple hecho de que el Príncipe de Gales haya puesto pie en una casa, justifica calificar ésta como casa de citas”; y la venalidad del Príncipe de York, mucho tiempo sospechada, finalmente fue comprobada en forma cruelmente clara; el tercer hijo era tan insignificante que ni siquiera alcanzó el nivel de los vicios interesantes de sus hermanos; sólo el Duque de Kent, el más remoto del trono, contribuyó a la continuación de la monarquía, ya que después de Jorge IV una hija de este Duque de Kent, Victoria, sería aquella reina que presidió la fase más brillante del burguesismo inglés dejando en toda la cultura occidental su huella personal, del “victorianismo”, con la curiosa idea de

que la suma de cristianismo más buenos modales sea igual a cultura y felicidad.

Una prueba del carácter básicamente simpático de aquella familia real es el hecho reportado de que esta caricatura haya causado gran hilaridad en el seno de ella.

En este momento el Rey, recuperado de la primera fase de su enfermedad mental y fingiendo entusiasmo por té sin azúcar, figura como un jovial, bienhumorado *paterfamilias*. La mesa confirma la reputación que tuvo el palacio, de austeridad, orillando la avaricia.

Las relaciones entre Burke y la Corte se mejoraron en la medida en que la Revolución Francesa se radicalizaba; la Corte se dio cuenta de que Burke había tenido la razón, en 1790 (o sea, durante la fase todavía “decente” de la Revolución) con sus presentimientos pesimistas y finalmente inclusive ofreció a Burke, su ex adversario, ya retirado del Parlamento, una pensión para ayudarlo a preservar la elegante y cómoda, pero no suntuosa, residencia que tuvo.



Ilustración 9. Warren Hastings

3. Warren Hastings (ilustraciones 6 y 9)

En la caricatura, ya mencionada, reproducida en la ilustración 6, vemos a Warren Hastings, el discutible primer Gobernador General de la India, atacado por Burke y Fox (y por North, durante cuyo régimen ministerial se había desarrollado el drama de la secesión de las colonias americanas, pero al que no he mencionado en este ensayo).¹³⁸

Fue sobre todo Burke que mediante un famoso discurso obtuvo la destitución de Hastings, pero Fox y él quisieron ir más lejos, y obtener su condena. Después de procedimientos de siete años, Hastings finalmente fue absuelto con base en presiones políticas más bien que razones jurídicas, por la Cámara de los Lores, suprema instancia judicial en este caso. Sin embargo, la intensa labor de Burke y Fox no había sido en balde: el escándalo Hastings fue un importante episodio del largo proceso de la humanización del régimen británico en la India y del colonialismo occidental en general. En las subsecuentes generaciones hubo todavía grandes abusos, pero cuando menos ya fueron cometidos de mala conciencia y era necesario guardarlos fuera de la opinión pública.

Todavía es difícil formarse una opinión sobre Hastings. Los múltiples retratos que de él tenemos no apuntan hacia el carácter de un líder mafioso (ilustración 9). El comienzo de su carrera en la India había sido brillante, eficaz y quizás honesto, pero es posible que gradualmente Hastings se haya encanallado con un grupo corrupto que finalmente lo privara de su libertad y que lograra opacar sus buenas intenciones. Su fortuna inicial (fue vástago de una eminente familia), incrementada por la que había acumulado en la India, se gastó totalmente en la larga litigación al que lo sujetaron, y tuvo

¹³⁸ Durante los años de la lucha de Hastings contra la triada de Fox, Burke y Francis, la simpatía del caricaturista Gillray cambió desde Hastings hacia la posición de Burke y Fox.

que vivir finalmente de una pensión que sus amigos en el gobierno le habían conseguido.

Es de alto nivel literario la biografía que Macaulay hizo de él, pero probablemente no es un ejemplo de la famosa *fairness* británica.

De todos modos, lo que finalmente hubo de bueno en la administración británica de la India—que de ningún modo ha sido totalmente inhumana y fatal—se debe a la combinación de las acertadas reformas implantadas por Hastings, y del tremendo susto moralizador que Fox y Burke luego lograron dar a este joven sistema.

4. Charles James Fox (ilustraciones 10 y 11)

Fox, líder de los whigs, miembro de una familia nobiliaria de mucho prestigio, aunque manchada por casos llamativos de peculado, fue un gran amigo de Burke, con quien formaba una macuerna políticamente muy eficaz (en esta dualidad Fox figuraba como el líder carismático y Burke como el cerebro), hasta que por 1792 los dos se separaron, cada uno con su grupo, por diferencias de opinión acerca de la Revolución Francesa, respecto de la cual Fox adoptaba una actitud optimista y tolerante, incompatible con el violento rechazo que observamos en Burke. Este cisma Fox-Burke fue fatal para el poder de los whigs, que tuvieron que retirarse hacia la oposición por toda una generación.

Fox fue un hombre vivaz y culto, orador apasionado y eficaz pero además una persona eminentemente simpática: “tenía ángel”.¹³⁹ La residencia de él y de su voluminosa esposa

¹³⁹ Macauley dice del él: “[sus] costumbres disipadas y el desorden en sus finanzas andaban en coplas por toda la ciudad, pero su genio para el liderazgo y su carácter agradable, generoso y cordial provocaron la admiración de los que más criticaron los defectos de su vida privada” (Thomas B. Macaulay, *Critical, Hist. and Misc. Essays and Poems*, New York, Imperial Edition, s.f., III, p. 322, traducción mía).

era un centro de reunión para la élite cultural de aquellos años. Por otra parte era jugador, libertino, y vivía oprimido por las deudas causadas por su vida disoluta (en las caricaturas de aquella época a menudo figura como puerco).



Ilustración 11. Pitt jr. y Fox. Caricatura de Gillray

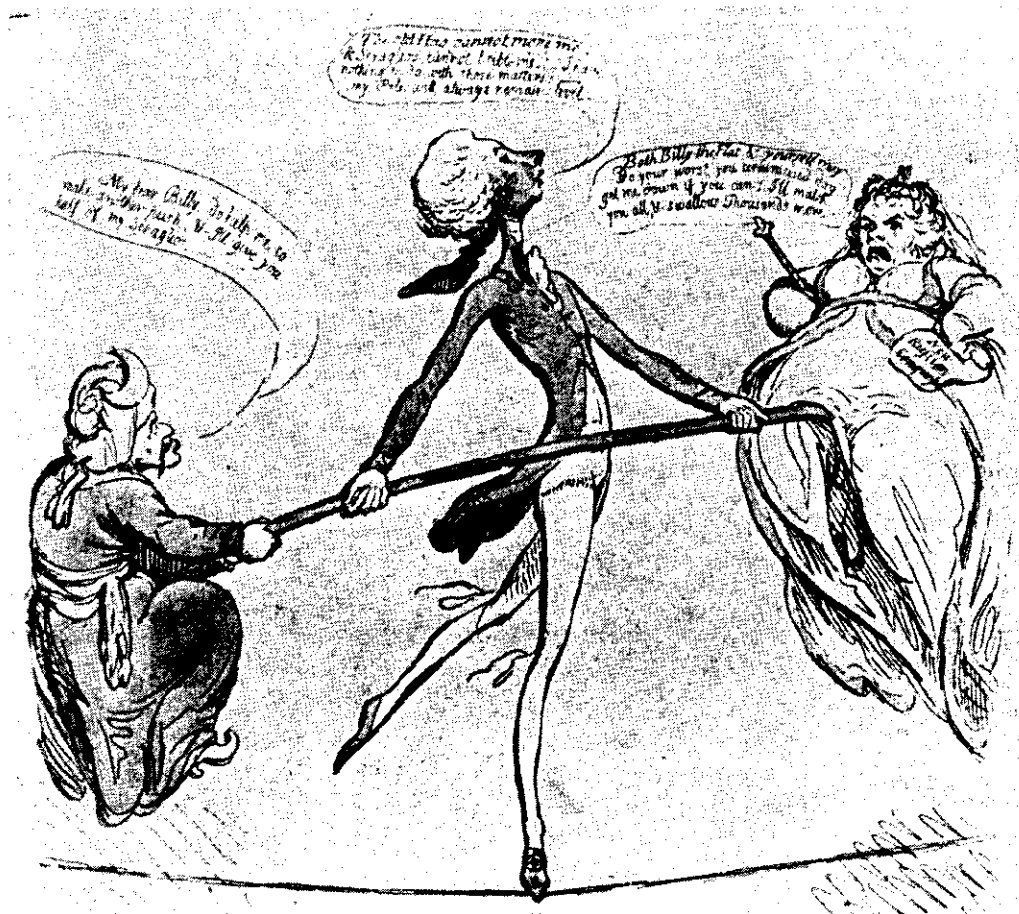


Ilustración 12. Pitt jr. y el *balance of power*. Caricatura de Gillray

En fin; un hombre de estilo renacentista, que bebía la vida a tragos ávidos —y por esta razón no muy grato a Jorge III y su familia, que tuvieron una vida doméstica totalmente diferente. El joven Pitt colaboró intermitentemente con Fox, y la obstinada negativa del Rey, ya debilitado por su enfermedad mental, de permitir la presencia de Fox en el gabinete fue un factor de fricción entre Pitt y el Rey durante los últimos años del brillante líder que fue Willian Pitt.

Es simpática la imagen que nos trasmite Talleyrand de la convivencia cordial entre Fox y su hijo ilegítimo, sordomudo, con el cual el famoso orador tuvo que comunicarse mediante signos.

La separación entre Fox y Burke fue dolorosa para ambos, pero cuando Fox quiso visitar al moribundo Burke, éste no quiso recibirlo (aunque los rencores deben ser un molesto equipaje para nuestro viaje al otro lado), para no dar la impresión de que en sus últimos días nuestro autor hubiera flaqueado en su fanática actitud negativa hacia los acontecimientos en Francia.

Ya lo conocemos por las ilustración 4 (un retrato) y 6 (una caricatura), pero, además, en la elocuente caricatura de la ilustración 10 lo vemos como la serpiente del Paraíso, ofreciendo a John Bull, el símbolo de la Inglaterra pragmática y materialista (pero sensata), las manzanas carcomidas del árbol de la Revolución Francesa; John Bull no está interesado, ya que anda cargando una buena cantidad de las manzanas perfectas que sacó del árbol en el fondo, el de la *Glorious Revolution* de 1688, la revolución inglesa que sin mayores sacudimientos alcanzó, un siglo antes, lo que Francia trataba de obtener por su revolución de 1789-1799.

En la ilustración 11 vemos una derrota de Fox a manos de Pitt, a veces su aliado y otras su adversario.

5. William Pitt jr. —1756-1806—(ilustración 12)

Pitt jr., líder de los tories, fue brillante y arrogante, gran orador,¹⁴⁰ impecablemente honesto, culto, y dueño de la suerte de Inglaterra durante unos 19 años (desde 1784 con una breve interrupción, hasta su muerte prematura, en enero de 1806). La combinación de su capacidad de trabajo, su honradez y su técnica de dominar el Parlamento mediante discursos geniales, explicó su enorme poder y su popularidad, apenas menguada por las medidas represivas que tuvo que tomar desde 1793, o por su falta de éxito en la lucha contra Napoleón. Este hombre, que a los 25 años había sido quizás el individuo más poderoso de Europa, murió agotado por el trabajo, minado por las preocupaciones y amargado por el éxito de su enemigo corso —aunque en medio de la admiración de amigos y enemigos.

Después de su muerte, a pesar de su vida personal austera y de sus importantes ingresos oficiales, resultó que su herencia se encontraba en estado de insolvencia a causa de su aristocrática, desdeñosa renuencia a controlar periódicamente los aspectos materiales de su economía doméstica; siempre tenía cosas más importantes que hacer (después de un impresionante entierro oficial, el Parlamento autorizó que el erario pagara sus deudas).¹⁴¹

¹⁴⁰ Macaulay observa que en esta fase comenzó el régimen parlamentario a mostrar su carácter de ser un régimen de oradores, pero observa que la oratoria no necesariamente va combinada con un inteligente análisis de las materias o un juicio correcto sobre las personas; según él, en momentos de verdadera crisis los grandes políticos de la fase retórica del parlamentarismo resultarían inferiores a Cromwell, “quien sólo dijo disparates, o Guillermo el Taciturno, quien nunca dijo nada del todo” (*op. cit.*, p. 336).

¹⁴¹ Hay muchos análisis más detallados y recientes de esta figura europea, pero para una rápida orientación sigo prefiriendo la biografía que hizo Thomas Macaulay a mediados del siglo pasado para la *Enciclopedia Britannica*, a causa del admirable estilo que caracteriza a este autor (*op. cit.* en la nota anterior p. 314. ¡Cuántas joyas, ahora descuidadas, ofrece la cultura inglesa del siglo pasado!

Burke y su amigo Fox, a menudo colaboraron con Pitt,¹⁴² cuya política faltaba generalmente entre la línea de los whigs, y de los tories, y después de 1792, separado ya de los whigs foxianos, Burke encontró con Pitt una plataforma común en la aversión de ambos respecto de los jacobinos franceses. Sin embargo, Burke siempre temía que Pitt, excelente líder en tiempos de paz, pero no muy eficaz entre problemas bélicos, se atreviera algún día a celebrar un tratado de paz con la *bete noire* de Burke, algún gobierno revolucionario francés, o sea un gobierno “regicida”. Finalmente, cinco años después de la muerte de Burke, y durante el ya mencionado *interregno* dentro del largo régimen de Pitt, Inglaterra celebró con Francia la paz de Amiens, de 1802, pero no con la Francia de los jacobinos —a los que Burke había odiado tan fanáticamente—, sino con la Francia de Napoleón, el cual en gran parte puede considerarse como la negación del jacobinismo (volvió a admitir una nobleza, en parte nueva, en su corte; hizo restablecer la esclavitud en las colonias; se arregló de nuevo con la Santa Sede, y su oposición a Inglaterra era económica e imperialista, más bien que ideológica).

La comprensiva actitud de Pitt hacia las reclamaciones de los irlandeses debe haber sido otra liga entre el mundo de Burke y el de Pitt. En la comparación entre ambos, Macaulay reconoce que, parlamentariamente hablando, Pitt, gracias a su muy especial don por la oratoria, era más eficaz que nuestro politólogo, pero considera indudable la superioridad cultural y mayor finura intelectual de Burke (cuya oratoria, aunque menos eficaz que la de Pitt, también era de alto nivel).

En la ilustración 12, una caricatura, Pitt está balanceando Rusia—o sea, Catalina la Grande—con Turquía, y, en los globitos,

¹⁴² Precisamente el primer gran discurso que Pitt pronunció en el Parlamento, en febrero de 1781, fue en defensa de una reforma económica propuesta por Burke (el cual estuvo movido a lágrimas).

la discusión entre los tres se refiere al hecho de que Pitt era un célibe obstinado. También en la ilustración 11 vimos a Pitt.

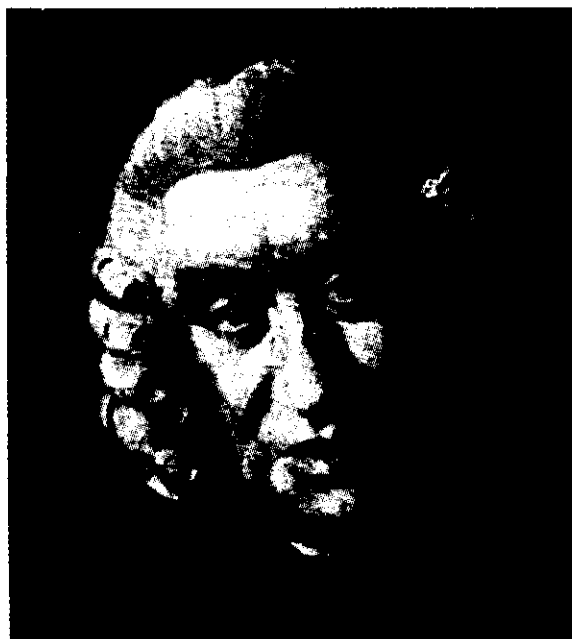


Ilustración 13. Samuel Johnson. Retrato por Reynolds

6. Samuel Johnson —1709-1784— (ilustración 13)

Era el *monstre sacré* de la cultura inglesa de aquella época; primero maestro de escuela (“una vida de miseria complicada”), luego fino crítico literario, gran lexicógrafo y famoso por sus conversaciones cultas y amenas; fue reconocido como el monumento central de humor y erudición en la Inglaterra de aquel entonces. Fue, también, autor del primer diccionario de inglés (existen varias reimpresiones y ediciones fragmentarias), que señala las pautas para el uso correcto de este idioma (“era una tarea difícil, pero supe exactamente cómo hacerla; y la hice muy bien”). Era amigo y admirador de Burke, a pesar de sus diferencias políticas. Burke figura con Johnson entre los nueve miembros fundadores del *Literary Club*, que llegó a ser un centro de reunión para la flor y nata de los que se distinguieron en la brillante cultura británica de aquellos días.

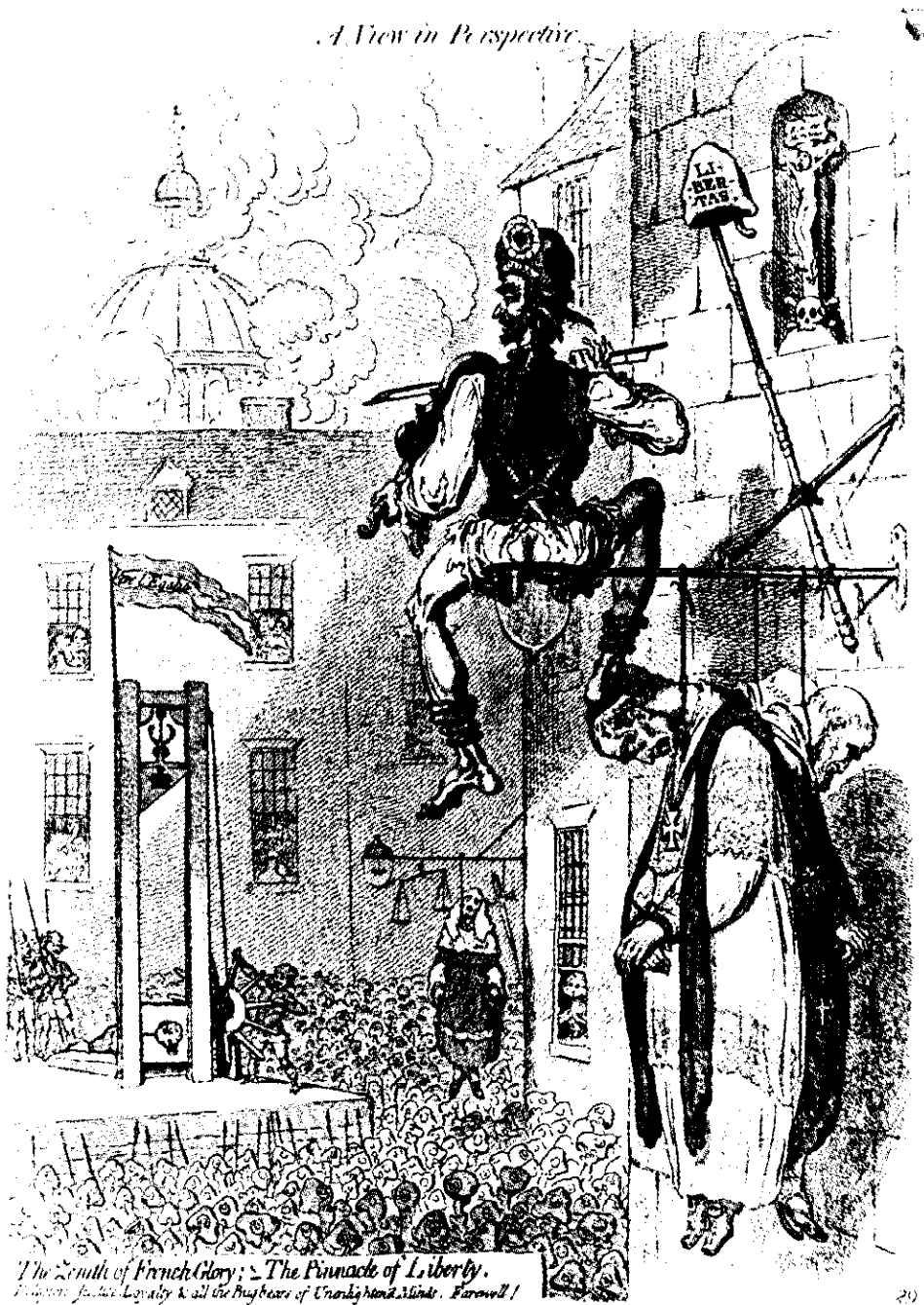


Ilustración 14. Un *sansculotte* contemplando la decapitación de Luis XVI. Caricatura de Gillray

Entre las diversas biografías de Johnson destaca la que hizo Boswell, que para muchos es la biografía más brillante que la cultura occidental ha producido. Presenta a Johnson como atractiva mezcla de buen humor, severa erudición, tolerancia respecto de la pobre humanidad y buena disposición hacia todos los placeres de la vida, pero con ocasionales explosiones de violenta indignación —todo esto contra un fondo de melancolía metafísica.

7. Luis XVI (ilustración 14)

Este rey francés, primero había sido respetado por la Revolución Francesa, que lo hizo centro de la Constitución monárquica de 1791, pero luego fue prisionero de la Revolución, desde su fracasado intento de huida, descubierto en la ciudad fronteriza de Varennes, en el verano de 1792. Su decapitación, el 12 de febrero de 1793, motivó las guerras entre Inglaterra y la Francia revolucionaria (luego napoleónica) —un estado de guerra que con una breve suspensión en 1802-1803 duraría hasta la caída de Napoleón, y que precedió la larga *Pax Britannica* de 1815 hasta 1914.

El radical jacobino, el *sansculotte*, es representado con estricto apego a la etimología de su nombre. Fíjense en la forma en que guarda el arco; a pesar de todo ¡inclusive el *sansculotte* no deja de ser francés; no es un verdadero “lépero” y tiene sus pretensiones de *finesse*!

8. Thomas Paine —1737-1809—(ilustración 15)

Paine —el anti-Burke—, todavía venerado en los Estados Unidos como uno de los luchadores por la independencia, por el republicanismo y por la unión final de las 13 colonias rebeldes—, fue un politólogo racionalista, franco y versátil. Era originario del Inglaterra y de orientación cuaquera.

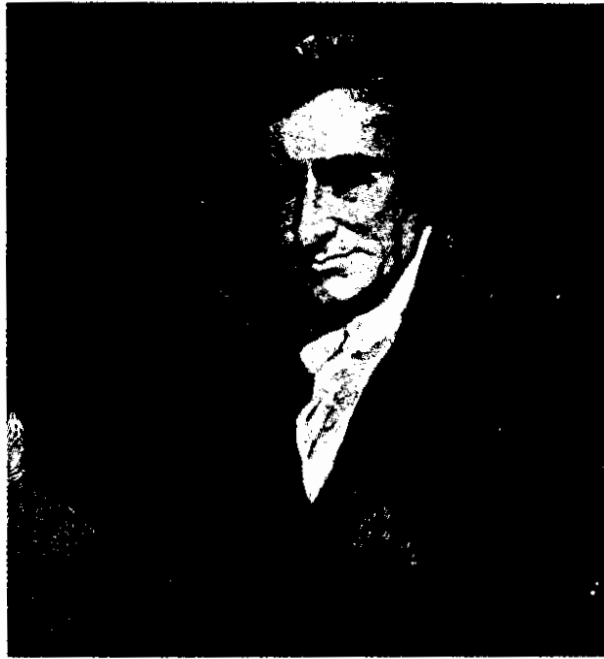


Ilustración 15. Thomas Paine, partidario pero finalmente adversario de Burke

Después de haber sido muy activo en la Revolución Norteamericana regresó a su país, pero tuvo que huir a Francia en 1787.¹⁴³ Ganó una repentina popularidad en la Francia revolucionaria gracias a la enérgica defensa¹⁴⁴ que hizo de la revolución en contra de las violentas *Reflections...* de Burke, de 1790, en sus *Rights of Man*.

En su antigua patria, la segunda parte de este ensayo obtuvo una circulación —enorme para aquella época— de unos centenares de millares de ejemplares, entre los múltiples amigos ingleses de la Revolución Francesa.¹⁴⁵ Así, entre Burke y Paine se polarizó la discusión sobre los acontecimien-

143 El lector quizás lo recuerda de la magnífica película *La Noche de Varennes*.

144 En *The Rights of Man*, 1791, 1792.

145 Schama, Simon, *Citizens; a Chronicle of the French Revolution*, Nueva York, 1989, p. 680. Dicha circulación fue inverosímilmente abundante para aquella época, antes de la *Galaxia de Gutenberg* de siglo y medio después.

tos de Francia, una discusión que provocaría aquella dramática escisión en el partido de los whigs, entre el grupo Fox y el grupo Burke.

Entre tanto, Paine había sido naturalizado francés y había recibido un curul en la famosa *Convention* revolucionaria; pero su oposición a la decapitación de Luis XVI¹⁴⁶ lo hizo sospechoso en los círculos radicales, de manera que fue encarcelado. Milagrosamente logró guardar su cabeza sobre su cuello durante los vaivenes de la revolución, pero cuando la autocracia napoleónica hizo más y más visible la derrota del espíritu de la Revolución Francesa, su estancia en Francia se le hizo insoportable, y se trasladó a los Estados Unidos, en 1802, a invitación de Jefferson. Allí murió en 1807, respetado por republicanos de visión laica, pero combatido por los grupos religiosamente comprometidos. Sus obras siguen publicándose, y páginas selectas suelen ser de lectura obligatoria en la educación media-superior norteamericana.

¹⁴⁶ Es que fue cuaquero, y éstos no aceptan la pena de muerte. Paine había propuesto a la Convención que Luis XVI fuera enviado al exilio en los Estados Unidos donde pudiera reeducarse, convirtiéndose en un ciudadano decente: de un rey, educado o des-educado como tal, no se podía esperar gran cosa; ¡el pobre! En el mismo espíritu, más tarde, en la Inglaterra victoriana, Bagehot, en su famosa obra *The English Constitution*, observa que los reyes son gente “hecha ordinaria por la naturaleza y peor por su educación..” Muchos ciudadanos británicos de estos años aprobarían esta opinión en relación con los hijos e hijas de la actual Reina.